

## **ELECCIONES DE MARZO O HISTORIA DE UN CIUDADANO EJEMPLAR**

El señor Generoso Rábano Cocido desapareció el 1 de marzo, justo el día que debía ejercer su deber democrático como presidente de mesa electoral. Nunca antes recibió un encargo de tanta envergadura y responsabilidad, según sus propias palabras, y lo aceptó con gran alegría.

Durante casi un mes se preparó a conciencia para lo que él llamó “una misión democrática” y, además de recordar a todos sus vecinos y conocidos que debían ir a votar como buenos ciudadanos de país avanzado, se leyó la Constitución Española (cuatro veces), el Código Penal, el Civil, el libro “La audacia y la esperanza” sobre el presidente Obama y el libro que Pilar Urbano dedicó a la reina Sofía, por si acaso fuera de menester. Memorizó cuantos reglamentos, decálogos y papeles cayeron en sus manos y visitó en varias ocasiones al funcionario municipal que corroboró otras tantas su asistencia a la mesa, llegando incluso a asustarse de tanta buena predisposición. El funcionario, Josefino Laína Canales, estaba más preparado para rebatir argumentos, justificaciones y excusas para librarse de la susodicha obligación constitucional que no para las muestras de alegría por el mismo motivo. Pasadas las reticencias iniciales, tras la quinta visita, Josefino acabó contándole a Generoso Rábano Cocido las artimañas con las que algunos llegaban, incluso, a evitar la comparecencia, como “una mujer que decía que tenía que darle pecho a su bebé, ¡cómo si no existieran los biberones! Y me decía que si no podíamos convocar a parados o estudiantes, que seguro que agradecerían los 75 eurazos que se les da por pasar aquí un día”. Le contó también que el caso de unos padres que aseguraban que su hijo era esquizofrénico “que no pedimos títulos universitarios para ser vocales de mesa” o la chica que “no quiso posponer la fecha de salir de cuentas, ya ve usted, señor Rábano Cocido, que inclusive me trajo aquí a su médico y, para no meterme en atolladeros, la acabé dispensando, muy a mi pesar”. Entre ambos nació una intensa amistad, unida por la creencia incondicional a las normativas, circulares y decretos.

Y es que el señor Generoso Rábano siempre quiso ser funcionario de carrera, pero por tradición familiar y evitar disgustar a su padre, se hizo sastre. Ahora estaba jubilado. El día anterior a las elecciones durmió inquieto, algo agobiado por tanta responsabilidad. Se levantó temprano y aceptó de su hijo un “mp3” con el que escuchar la radio camino del colegio electoral, para estar enterado de los últimos acontecimientos en ese día tan crucial en su vida.

Generoso Rábano Cocido jamás llegó al colegio electoral y cuando dos policías de la Urbana fueron a su casa para obligarle a acudir, su mujer, Rosa Conejo Dorado, se asustó mucho pues sabía que su esposo nunca declinaría estas obligaciones.

Apareció tres meses más tarde, desaliñado, ido, sin ser ya él y farfullando algo de radio COPE, las libertades democráticas y los malditos partidos políticos.

Sigue en tratamiento desde entonces.